

## RESEÑAS

CULTURA ESCRITA, LITERATURA E HISTORIA. **Conversaciones de Roger Chartier con Carlos Aguirre Anaya, Jesús Anaya Rosique, Daniel Goldin y Antonio Saborit.** México, Fondo de Cultura Económica, 1999. 271 pp.

Este libro tiene su origen en el encuentro de cuatro lectores mexicanos, de diferentes formaciones e intereses profesionales, con la obra de Roger Chartier, historiador francés que ha logrado unir la reflexión metodológica y teórica con una rigurosa investigación empírica en el terreno de la historia sociocultural.

En medio de la dispersión y atomización de la disciplina histórica, la historia sociocultural ha logrado su reciente consolidación por la capacidad para convocar diversidad de ciencias sociales y convertirse en un fenómeno transnacional. Esto se refleja en obras como las del mismo Chartier, Joyce Appleby, Margaret Jacob, Lynn Hunt, Gabrielle S. Spiegel, Robert Darnton, Stephen Greenblatt y la corriente importante en Estados Unidos del *new historicism*.

El ámbito de la historia sociocultural es la psique colectiva, pero en la estrategia amplia del conflicto, el enfrentamiento del mundo vivido, "interpretado" con el mundo material, "real". Esta "nueva" historia sociocultural se encuentra hoy día reformulada, o mejor, en palabras de Chartier, repensada con el apoyo preciso de la obra de Norbert Elias y Pierre Bourdieu a partir de dos campos: el de la práctica, es decir, manera de leer, modalidades de creencias, usos culturales del espacio, la construcción de un nuevo espacio político; y el de la representación. Además de la obra de estos dos sociólogos, Chartier intenta proporcionarle su estatuto específico al conocimiento histórico apoyado en la obra del semiólogo Louis Marin, en los trabajos filosóficos en canteras históricas de Michel Foucault y Paul Ricoeur, y en el de Michel de Certeau, quien era etnólogo, antropólogo, psicoanalista, historiador y, como jesuita, historiador de la teología.

Pero ese estatuto también ha tomado fuerza con los diálogos explícitos o implícitos con historiadores. Tal fue el caso de la polémica sobre el texto que da título al libro de Robert Darnton, "La gran matanza de gatos", que en su momento fue una discusión en torno al uso de la antropología simbólica en el

campo de historia. Una segunda polémica fue la planteada con Hayden White, quien identifica el registro del conocimiento de ficción y el registro del conocimiento de la historia. Otra controversia se llevó a cabo con Angelo Torre, un historiador cercano a Giovanni Levi, que escribió un artículo crítico contra Bordieu, el historiador portugués Antonio M. España y contra Chartier. La crítica de Torre estaba dirigida al enfoque de los tres, pues, en su criterio, en él se anulan las prácticas a favor de sus representaciones y, por lo tanto, no hay lugar para la práctica entendida como acción. Otro ha sido el diálogo con Carlo Ginzburg, representante de la innovación historiográfica más importante en los últimos decenios, la microhistoria. Sin embargo, Chartier se cuida de distinguir entre el uso de la microhistoria por Ginzburg y la definición social del tipo de microhistoria que realiza su colega italiano Giovanni Levi.

A Chartier se le ha señalado como el representante de la cuarta generación de *Anuales*, la escuela francesa de notable influencia en la historiografía del siglo XX. Sin embargo, evita hablar de la existencia de esa escuela para acercar a sus lectores a un punto metodológico esencial: la discusión o colaboración entre historiadores que vienen de una tradición de historia social y cultural, como es su caso, “y que pertenecen al mundo —no quiero decir escuela porque no me parece que haya escuela— de los *Annales*, a su tradición, con historiadores de la literatura, bibliógrafos, paleógrafos y otros, lo cual implica reconocer la vinculación esencial entre el texto en su materialidad, que soporta los textos, y las prácticas de apropiación, que son las lecturas” (p. 35).

Precisamente, esos elementos estarían presentes en los hilos conductores de las conversaciones realizadas en cinco jornadas con un epílogo. El título del libro recoge el tema fundamental de la obra dirigida hacia dos preguntas: ¿cómo comprender los cambios de la cultura escrita en una perspectiva de larga duración?, y ¿cómo situar a la literatura en el seno del conjunto de discursos que produce y recibe una sociedad?

En la primera jornada, *La cultura escrita en la perspectiva de la larga duración*, se intentó señalar, fechar y analizar, teniendo en cuenta los inquietantes diagnósticos del presente, las principales transformaciones que han afectado la forma del libro o del objeto escrito, el significado de las revoluciones de la lectura y la reconsideración del papel heroico atribuido a Gutenberg.

En el segundo diálogo, *Los espacios de la historia del libro*, es trazado el mapa de la historia del libro en un doble sentido, es decir, los espacios de la producción y la circulación de los impresos así como la geografía de la disciplina que los estudia.

Las dos siguientes jornadas, *Literatura y lectura* y *Prácticas privadas, espacio público*, estuvieron dedicadas a situar los diversos usos estéticos, privados o públicos, de la escritura y la impresión. En ellas son abordados temas como el de las fuentes de la historia de la lectura, cómo es posible definir quiénes eran los lectores y qué leían, cuestión capital para los historiadores que intentan descifrar el acto efímero y misterioso que es la apropiación de un texto; las definiciones de la opinión pública y la invención del periódico.

La última jornada, *La revolución del texto electrónico*, constituye un repaso de temas como la lectura: hábito o interiorización, o escribir y leer en el siglo XXI. Se trata de pensar en esta nueva economía de la escritura, qué significa el texto electrónico, la creación estética, la identidad del texto, la sumisión o libertad del lector respecto a la pantalla y lo más importante, la definición del espacio público y la relación con los poderes. Y este hecho es más una cuestión fundamental que nos reclama como lectores, intelectuales y ciudadanos. Aquí se trata de abandonar cualquier posición nostálgica, literaria o política, sobre una edad de oro, real o imaginaria, de la lectura. Para Chartier, hoy se lee más que en el pasado, el problema es que los lectores carecen de instrumentos críticos de lectura. Pero, y ¿quién dota a los lectores de esos instrumentos críticos?, ¿un proyecto ilustrado?

La última sesión, como una buena comedia concluye con un epílogo destinado a captar la benevolencia de los lectores con una reflexión sobre las prácticas de la historia, la escritura de la historia y la responsabilidad de los historiadores.

Aunque como lo afirma Chartier, estas conversaciones fueron sólo una aproximación a la entrevista ideal (p. 263), no por eso este libro deja de mostrar una vitalidad de indudable interés para historiadores, antropólogos, sociólogos, críticos literarios, pedagogos, literatos y editores.

**Jorge Conde Calderón**

Departamento de Historia  
Universidad del Atlántico